

J.M. Martí Font
Christophe Barbier

LA FORTALEZA ASEDIADA

Los populismos contra Europa



PENÍNSULA / PLON / DIAGONAL

Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Al lector
- Prólogo: ¿Qué es el populismo?
- 1. El regreso a las fronteras. La inmigración
- 2. Grecia como advertencia (deus ex machina)
- 3. España: de Podemos al independentismo catalán
- 4. Italia, el gran laboratorio
- 5. Francia: del populismo pardo al rojo
- 6. Reino Unido: el brexit, ¿populismo o neoconservadurismo?
- 7. Alemania se normaliza y Austria se derechiza
- 8. La xenofobia escandinava y el nativismo
- 9. Holanda y Bélgica, sociedades estratificadas
- 10. El papismo centroeuropeo y las democracias autoritarias
- Epílogo: La respuesta de Europa
- Agradecimientos
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Lo que el lector tiene en sus manos es una radiografía de la Europa que emerge después del tsunami de la Gran Recesión. Es también un repaso al estado actual de la Unión Europea en general y de los países que la forman en particular, con el foco puesto en los partidos y movimientos políticos surgidos en la estela de la crisis y a los que se ha dado en llamar populismos. Desde los dos extremos políticos, esos partidos retan a las fuerzas que han sido hegemónicas en Europa desde la segunda mitad del siglo XX, se dirigen a sectores amplios de la sociedad y aspiran a conseguir el poder.

Este es un libro que se mueve sobre un terreno en constante evolución. Cada semana se transforma el paisaje. Primero fue el brexit, que cambió completamente el proyecto europeo. A continuación, llegó la sorprendente elección de Donald Trump en Estados Unidos, que añadió elementos desestabilizadores, especialmente por su antieuropeísmo e incluso por su intención de abandonar la Alianza Atlántica. Lo último han sido las elecciones en Reino Unido, Alemania y Francia. En Europa, ahora, puede pasar cualquier cosa. Y este libro es el mapa para entenderlo.

J. M. Martí Font
Christophe Barbier

LA FORTALEZA ASEDIADA

Los populismos contra Europa

Traducción de los textos en francés de María Méndez

PENÍNSULA
PLON / DIAGONAL

AL LECTOR

¿Por qué este libro? ¿Por qué ahora?

Desde hace años, la ola populista es constante en Europa, y esto se confirma elecciones tras elecciones y en un país tras otro. Pero el populismo no está definido; avanza enmascarado, suma extrema derecha y extrema izquierda y mezcla nacionalismo y anticapitalismo. Ya es hora de descifrar su ADN.

El punto en común entre todos, o casi todos, los movimientos populistas es atacar a Europa, poner en duda el proyecto europeo, propugnar una vuelta atrás, un desmantelamiento, volver a los Estados nación. Su prosperidad electoral viene de los puntos débiles de la Unión Europea (UE) y los agrava. Es un círculo vicioso. Ahora bien, menos unión supone más nacionalismos; y más nacionalismos, un riesgo de conflictos.

No obstante, las líneas se están moviendo y hay abundantes signos de una contraofensiva de los eurófilos. La Unión gestiona el *brexit* con firmeza, con el más estricto respeto a sus intereses, e inicia acciones contra Polonia, uno de sus miembros, que va en contra de valores fundamentales de la Unión. Bruselas evoluciona, corrigiendo la pauta de los trabajadores desplazados o aplicando el plan Juncker a las inversiones. Los populistas marcan el paso en las elecciones, como Geert Wilders en Holanda o Marine Le Pen en Francia. Por último, la llegada al poder en París de Emmanuel Macron, que cuenta con un liderazgo reforzado por las dificultades de Angela Merkel, augura una era de «refundación» europea.

¿Y si mañana fuera el momento no del triunfo populista sino de la réplica europeísta? Las elecciones al Parlamento de Estrasburgo en junio de 2019 lo dirán. Por eso era necesario hoy llevar a cabo esta reflexión y analizar a fondo Europa de los populismos.

PRÓLOGO

¿QUÉ ES EL POPULISMO?

«CUALQUIER EXCUSA ES BUENA...»

POPULISTA, UNA ACUSACIÓN INÚTIL

Populismo es una de las palabras comodín a las que suele recurrirse en la política europea desde hace unos veinte años, especialmente desde la crisis mundial que desencadenó el 11 de septiembre de 2001, con una mezcla de dificultades económicas y «choque de civilizaciones». Una crisis agravada por los derrumbes sistémicos de 2007 y 2008. Curiosamente, la denominación «populista» se ha mantenido a lo largo de los años como una acusación, incluso un insulto, multifacético, sin que su definición haya llegado a afinarse demasiado. «Populista» es, en primer lugar, el calificativo que se lanzó a los partidos extremistas de derecha cuando dejaron de serlo, ya fuera porque los superaron otros más extremistas que ellos o porque adoptaron una estrategia para dejar de ser demonizados, como en el caso de Marine Le Pen con el Frente Nacional (FN) en Francia; o de normalización, como la formación de Geert Wilders en los Países Bajos. Cuando un partido deja de utilizar esbirros, de recurrir al puñetazo, de verse ante los tribunales o saltar a los titulares por exabruptos verbales xenófobos o antisemitas, le resulta más difícil alinearse en los extremos y, al mismo tiempo, se expone a la acusación de populismo.

Pero lo más curioso es que a los populistas a su vez les gusta tratar de eso mismo a sus adversarios electorales, incluyendo a los más moderados, cuando se dedican a hacer promesas sospechosas de demagogia. Entre partidos de gobierno clásicos y moderados, la expresión «¡populista!» también suele arrojarse a la cara. A Nicolas Sarkozy se lo ha tachado a menudo de populismo, una imprecación que igualmente se ha dirigido a Emmanuel Macron durante la última campaña presidencial francesa, a pesar de que la mayoría de sus posiciones eran centristas. Por el hecho de no tener un partido clásico que respaldara su acción sino un movimiento «escoba» en el que todo cabe, por dirigirse al electorado por encima de los políticos y los órganos intermediarios, derecha e izquierda lo han calificado de «populista». Igualmente, a Bernie Sanders, alguien bastante inclasificable a la izquierda del Partido Demócrata, se lo acusó de populismo durante la campaña primaria de 2016 en Estados Unidos porque defendía a los sectores más desfavorecidos. Así, bajo esta etiqueta se encuentran fusionados los conceptos más diversos, desde el electoralismo más banal hasta el nacionalismo más fundamentalista, pasando por todos los grados de la demagogia.

«Hay que distinguir en el populismo el contenido de la forma», puntualiza Edoardo Novelli, profesor de Ciencia Política en la Universidad de Roma Tres. Un político moderno está casi obligado a adoptar formas populistas; hay excepciones, tecnócratas como Paolo Gentiloni en Italia, que escapan a esta norma pero que nunca podrán ganar unas elecciones. Un líder tiene que ser populista, está obligado a pasar por encima de las instituciones, dirigirse a las personas de manera directa, hacer uso de las emociones en sus discursos, mostrarse empático, hablar de amor, utilizar la historia... Todo ello forma parte del portafolio de cualquier político que quiera actuar en nuestra época. Así funcionan las redes sociales. Las formas populistas se encuentran por todas partes. Los contenidos populistas son otra

cosa; hay que buscarlos en los verdaderos partidos populistas de derecha o de izquierda, o entre los que dicen ser poseólogos, como el M5S (Movimiento 5 Estrellas), que precisamente se ve obstaculizado porque cuenta con una base electoral de izquierda y de derecha.

Al igual que el populismo se alimenta, como veremos, de la aversión a las élites, dichas élites suelen confundir con demasiada frecuencia la atención que se presta a las capas populares con la solicitud populista.

«El miedo a que los pueblos sean arrastrados por “malvados pastores populistas”, que podrían incitarlos sin escrúpulos a que dejen de votar como desean las élites, los ha llevado desde hace años a denunciar el populismo a base de discursos indignados y sermones», denuncia Hubert Védrine, nada sospechoso de simpatía por los extremos, en *Sauver l'Europe!*, publicado en francés por la editorial Liana Levi. «Esto tranquiliza la conciencia pero no hace retroceder el populismo.» En efecto, si bien podemos, como reza el dicho francés, «ahogar al perro acusándolo de tener la rabia», lo que da a entender que cuando uno se empeña en algo cualquier excusa es buena, lo cierto es que no sirve de nada acusar de populismo a un enemigo electoral que cuenta con el favor de los sufragios más populares. Al contrario, eso refuerza al votante en su opción y ahonda aún más la brecha entre las élites biempensantes, que saben, y las clases sociales, que soportan. Pero cada voto tiene el mismo peso en las urnas y, a menos de disolver a la población o abolir la democracia, es una estrategia destinada al fracaso; el populismo se combate con el éxito de los políticos que van en contra de él (lo que no sucede con frecuencia) o mediante una argumentación paciente, nunca dirigida a desacreditar —eso es lo que lo distingue de los extremismos clásicos, fáciles de demonizar por basarse con frecuencia en una terminología disparatada que anula su credibilidad.

Los verdaderos populistas, por otra parte, los que intentan ser elegidos en sus países y destruir la UE, devuelven la acusación de populismo en forma de patente de abnegación al servicio del pueblo. Así, el 18 de enero de 2012, en Metz, Jean-Luc Mélenchon en un mitin de su campaña presidencial se enorgullece ante sus militantes: «A mí me califican de “populista” porque “populista” contiene “pueblo”. ¡Pues bien, yo estoy orgulloso de ser del pueblo, y si estar al lado del pueblo es ser populista, entonces soy populista, queridos!». Pueblo, popular, populismo. A partir de la misma raíz brotan palabras generosas o venenosas.

«NOSOTROS CONTRA ELLOS.» PUEBLO, EL ABUSO DEL LENGUAJE

No obstante, hoy la bruma se va disipando y es posible establecer características de orden científico, al menos politológicas, para definir y resumir el populismo. De este modo, Jan-Werner Müller, un alemán profesor en Princeton, establece que «el criterio principal de identificación de los populistas es el hecho de reivindicar el monopolio moral de la representación del “pueblo auténtico”. Su lenguaje se apoya fundamentalmente en el “nosotros”, en el rechazo a la legitimidad de los demás actores políticos: “Nosotros, y solo nosotros, somos el pueblo”. Así pues, el populismo es, en esencia, el antipluralismo. Al mismo tiempo, el discurso populista se apoya sobre una gran manipulación. Se inventa al pueblo, poniendo en su boca las palabras que alguien eligió en su lugar». Claro está, esta definición no hace sino desplazar el problema ya que, si el populista es aquel que habla en nombre de lo que él mismo decreta que es el pueblo, a partir de esto hay que definir al pueblo. «El pueblo del populismo es una agregación de iras individuales, de protestas dispares fragmentadas, que no tienen mucho que hacer juntas, cuando no son pura y simplemente contradictorias», considera el politólogo francés Dominique

Reynié en *Les Nouveaux populismes* (Pluriel). Añade: «Ape- lar al pueblo es el centro del discurso populista (...) El pue- blo de los populistas no conoce las clases sociales, con ex- cepción de una división única, o principal, que opone el pueblo a las élites. El movimiento populista es por cons- trucción una empresa escoba en la que todo cabe».

En esto los «populistólogos» discrepan; algunos insis- ten en el individualismo inherente al populismo, otros, en cambio, destacan sus aspectos comunitarios. Es el caso de Eva Illouz, socióloga, profesora en la Universidad Hebrea de Jerusalén y jefa de estudios en la Escuela de Altos Estu- dios de Ciencias Sociales de París: «La sociedad moderna tiende a atomizarnos, a privilegiar al individuo, a deslegiti- mar las pertenencias comunitarias», analiza. Si bien el po- pulista dice: «Pertenece a un grupo digno de ser ama- do». Del mismo modo, Marcel Gauchet explica en *Com- prendre le malheur français* (Éditions Stock) cómo la mun- dialización ha provocado lo que las élites llaman populismo destruyendo las comunidades que garantizaban la socializa- ción. «Por un lado está el mundo, por otro los individuos, y entre ambos no hay nada, ya no hay naciones, ni pueblos, ni instituciones. El objeto de la política se limita a asegurar la cohabitación armoniosa de dichos individuos a escala planetaria.» En cambio, para Reynié «el estilo de vida que hay que defender no es tanto una cultura nacional que qui- sieran hacer que se viva y se transmita como un modo de vida que quieren preservar para disfrutarlo más tiempo. No se trata tanto de un “yo colectivo”, mítico y glorioso, como de un “yo privado”, doméstico y corriente».

Este desacuerdo acerca del grado más o menos eleva- do de «lo individual» y «lo colectivo» dentro del populismo, remite a una disputa más fundamental: el populismo en sus formas contemporáneas ¿es o no un nacionalismo y de qué tipo? Para Marcel Gauchet hay que evitar amalgamar popu- lismo y nacionalismo, sobre todo si se atribuye a este últi- mo las características que se podían observar en los siglos

xix y xx. «La asimilación corriente de los populismos de hoy a los nacionalismos del pasado solo da testimonio de la ignorancia de la historia —escribe—. Incluso sus expresiones xenófobas son puramente defensivas. Nada que ver con lo que eran los delirios de superioridad de los nacionalismos en su fase de incandescencia.» Por el contrario, Dominique Reynié mantiene la filiación clásica: «El populismo está siempre en relación con un pensamiento nacionalista. No hay excepción a esta regla: el populismo es un nacionalismo. El pueblo es nacional».

«LOS PRIMEROS SERÁN LOS ÚLTIMOS.»

EL POPULISMO CONTRA LAS ÉLITES

Más allá de estas diferencias de enfoque y de análisis, ya se ven rasgos que se distinguen y que permiten circunscribir el populismo. Empezando por la lucha contra las élites.

El populismo es una ideología, o un conjunto de ideas sobre las relaciones entre «la buena gente» y las «élites diabólicas», dos grupos homogéneos, explica Matthijs Rooduijn, sociólogo de la Universidad de Utrecht y especialista en movimientos populistas. Las élites explotan, traicionan o corrompen a la «buena gente». El mensaje es que la voluntad del pueblo debe ser el punto de partida de la toma de decisión política. Esto es lo que hacen Podemos, Die Linke y Francia Insumisa (FI), pero también Marine Le Pen, Geert Wilders o Alternativa para Alemania (AfD). Luego esto se mezcla con una ideología de derecha o de izquierda, y es lo que los distingue, igual que el tipo de élites a las que demonizan.

No se trata únicamente de agrupar a «los de abajo», «la gente», como a Jean-Luc Mélenchon le gusta llamarlos, además hay que movilizarlos contra los de arriba, ya pertenezcan a las potencias políticas, financieras o mediáticas. Beppe Grillo y su Movimiento 5 Estrellas muestra cómo la

burla de los poderosos puede llevar a la política por la vía del populismo. De este modo al jefe de una multinacional, al ministro, al periodista de televisión se los mete a todos en el mismo saco, que el líder populista, como buen intrigante astuto de la era de la mundialización, no se privará de moler a palos. Bajo el influjo del civilizado Luigi Di Maio, el movimiento entabla un proceso de lógica de moderación, no se cierra a las alianzas y procura tranquilizar a una parte de las «élites». Estrategia ganadora, con más de 220 escaños de diputados que surgieron de las legislativas del 4 de marzo de 2018. Pero permanece fiel al *dégagisme* (de *dégage!*, ¡despejen!, ¡váyanse!) y adepto a la estrategia «en la que todo cabe». Las cinco estrellas que dan su nombre al movimiento no solo evocan sus combates iniciales (gestión pública del agua, cero residuos, mejora de los transportes, energías renovables y wifi gratuito), sino que también la V, el cinco en números romanos, recuerda la primera consigna: *Vaffanculo*: «Que te den». ¿Cuáles son estas nuevas élites, estos aristócratas de la era de internet, estos *google kulaks*? «Desde los años setenta —explica Eva Illouz— asistimos a una división entre los “sedentarios”, por retomar la expresión de Zygmunt Bauman, y los “nómadas”. Los primeros están vinculados a un lugar, creen en una tradición, una nación y una historia. Los segundos son élites cosmopolitas, financieras, universitarias o artísticas, para quienes el viaje es un modo de vida.» «Las élites se definen a partir de entonces prioritariamente en función de esta apertura de las sociedades a lo internacional, con lo que implica de lo personal especializado», insiste Marcel Gauchet. «Este problema de las élites no es propio de Francia; se plantea por todas partes en el mundo occidental, como demuestra el auge de los populismos. Jacques Julliard lo ha resumido con una fórmula excelente: “El elitismo de las élites alimenta el populismo de los pueblos”. Me parece que traduce bastante bien esa pareja infernal que ocupa cada vez más nuestro horizonte político.»